

Jean-Yves Tadié

# El lago desconocido entre Proust y Freud

Traducción de  
Laura Claravall

ediciones del  
**subsuelo**

Barcelona 2013

Título original:

*Le lac inconnu. Entre Proust et Freud*

© Editions Gallimard 2012

I.S.B.N. 978-2-07-013609-4

© de la traducción: Laura Claravall

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2013**

c/ Nàpols, 282 - 08025 Barcelona

[www.edicionesdelsubsuelo.com](http://www.edicionesdelsubsuelo.com)

ISBN: 978-84-941646-1-3

Depósito legal: B. 2667-2013

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Grup4 Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Prohibida la venta en los países de América Latina

# Índice

Introducción .....	13
I. Cuando llega la noche .....	17
II. Los sueños .....	23
III. El sueño de Swann .....	33
IV. El sueño de la abuela .....	43
V. Edipo .....	49
VI. Las primeras percepciones del inconsciente proustiano .....	57
VII. La arqueología .....	63
VIII. La memoria .....	71
IX. La infancia .....	85
X. Las mujeres .....	95
XI. La homosexualidad .....	107
XII. El amor .....	117
XIII. Los celos .....	125
XIV. El hermano .....	133
XV. Los actos fallidos .....	139
XVI. El chiste, el humor .....	149
XVII. El duelo .....	157
XVIII. El psicoanálisis y la interpretación de la novela .....	165
Bibliografía .....	177

... ese magnífico lenguaje, tan distinto del que hablamos habitualmente y en el que la emoción desvía lo que queríamos decir y pone en su lugar una frase totalmente diferente, emergida de un lago desconocido donde viven esas expresiones sin relación alguna con el pensamiento, y que por eso mismo lo revelan.

MARCEL PROUST

## Introducción

El uno vivió treinta y dos años más que el otro, nació quince años antes y murió diecisiete años después. Uno tuvo una familia numerosa; el otro permaneció soltero. Uno apenas se alejó del entorno vienés, tras una estancia en París; el otro, del entorno parisiense. Ninguno de los dos, y hay que subrayarlo porque es una pregunta que se ha planteado a menudo, leyó al otro. Sin embargo, Freud conocía perfectamente el francés y Proust había estudiado alemán en Condorcet. Por su parte, el doctor Adrien Proust, padre de Marcel, asistió a las clases de Charcot en la Salpêtrière, al igual que Freud, quien pertenecía a la misma escuela de pensamiento médico. Se podría por tanto suponer que Freud, como estudiante en París, y Proust, viviendo en su propio país, se habían imbuido de la misma atmósfera científica y médica. En cuanto a la cultura judía, aparece en *Moisés y la religión monoteísta*, en las primeras líneas de *Presentación autobiográfica (Selbstdarstellung)* y en las numerosas citas de *En busca del tiempo perdido*; ninguno de los dos era creyente: uno deconstruía irónicamente la figura de Moisés convirtiéndolo en egipcio, el otro utilizaba las alusiones bíblicas en tono de burla.

Dos hombres extremadamente cultos, grandes lectores de los clásicos —como todos los innovadores—, am-

bos amantes del arte, principalmente del italiano; uno de ellos se sentía más atraído por los museos y por los libros de arte, el otro mantenía con el arte, específicamente el estatuario, esa relación tan particular que sólo puede proporcionar una colección privada. Ambos compartían la convicción de que a cada necesidad, a cada deseo, a cada sufrimiento siempre le corresponde un libro. Uno de ellos tuvo a Balzac por maestro; *La piel de zapa* fue el último libro que Freud relejó antes de morir: «Era justo el libro que necesitaba».

Los dos hombres dirigieron la mirada hacia sí mismos, rompiendo con el pensamiento tradicional: Freud con su autoanálisis (su correspondencia con Fliess nos proporciona un testimonio incomparable, una especie de novela personal elaborada con cartas), y Proust escribiendo, tras unos titubeos que recuerdan a los de Freud, *En busca del tiempo perdido*, resultado de la misma búsqueda interior. «Desde que he dirigido la mirada hacia mí, cien personajes, mil ideas me reclaman un cuerpo», escribió Proust a Bibesco en 1902.

No pretendemos en absoluto estudiar el recorrido de Proust desde la perspectiva del psicoanálisis, ni mostrar cómo, por ejemplo, no llegó a superar su crisis edípica; este trabajo se llevó a cabo hace ya mucho tiempo. De-seamos más bien comprender la consanguinidad de espíritus; como decía Proust: no es la afinidad de las opiniones lo que acerca, sino la consanguinidad de los espíritus, y a veces de los cuerpos. Proust padecía crisis de asma, Freud se desvaneció durante una discusión, o más exactamente durante su «escena» con Jung. Ambos, Proust

y Freud, lucharon durante los últimos veinte años de sus vidas contra una enfermedad que entonces era mortal.

Partiendo de una intuición central, las dos obras se construyeron lentamente, por etapas conquistadas con enorme esfuerzo: «No hemos dejado de modificarla —escribía Freud—, sometida constantemente a la observación hasta que finalmente adquiriera la forma que nos parecía adecuada a este propósito». Lo mismo ocurre con la *Recherche. El tiempo recobrado* presenta la obra como una ofensiva militar, una fatiga, una iglesia, un régimen, un obstáculo, una amistad, un niño, un mundo. «La idea de mi obra —declara el Narrador— estaba en mi cabeza, siempre la misma, en perpetuo devenir.»

El lector hallará un inventario de los temas que ambos autores trataron, tan numerosos que sin duda no se han abordado en su totalidad. Los dos hombres, de haberse conocido, ¡habrían tenido tantas cosas que decirse! En un género de ilustre y larga tradición se sueña con un diálogo de los muertos. Con cada tema derivando del anterior, partiendo del sueño hasta llegar a la muerte, nuestra intención ha sido que el uno explicase al otro, como si los discursos alternos se fundieran en un único propósito: hay que ser dos para alcanzar la verdad. He intentado comparar dos inteligencias, dos actitudes, dos comportamientos ante los hombres y ante el mundo, ante uno mismo. No pretendo desvelar unos secretos que, a fin de cuentas, todo el mundo conoce. Como si de los dos términos de la comparación, de los dos polos de la metáfora pudiera surgir, así lo espero, una chispa, una idea, una

impresión poética. De este modo siempre se recordará al otro cuando uno de los dos hable.



# Capítulo I

## Cuando llega la noche

¿Dormir? ¿A quién se le ocurriría empezar una novela con el sueño? El héroe que se duerme ahuyenta a los lectores, como el anfitrión que se adormila en el salón ahuyenta a los invitados. El inicio *in medias res* de la tragedia clásica se deja a un lado, en beneficio, tal vez, de otra tragedia. Ahí están los sueños, que «se insertan en las actividades psicológicas de la vigilia». Pero ¿quién dijo eso? ¿Se encuentra en las primeras líneas de *Por el camino de Swann*? ¿O en las de *La interpretación de los sueños*? Mientras dormitamos, no dejamos de pensar en el libro recién leído: una iglesia (que sustituye a un «tratado de arqueología monumental», quizá *El arte religioso del siglo XIII en Francia*, de Émile Mâle), un cuarteto, una mujer que surge de una mala postura del muslo, una obra (de Mignet) sobre la rivalidad entre Francisco I y Carlos V. Soñar con un libro, soñar un libro, ¿acaso no es lo propio de un intelectual?

Ahora bien, a Freud le interesan principalmente los sueños, y a Proust el sueño. El tiempo de los sueños llega después: desempeñan un papel principal en la intriga de sus novelas. Lo sabemos todo acerca del sueño en Proust, y de Proust. Pero no demasiado en el caso de Freud.

¿También él padecía insomnio? ¿Hablaba de ello con Fliess? Puesto que el ataque histérico es una acción, un medio para reproducir el placer, la «manía de la cama» (o clinomanía) podría explicarse del siguiente modo: uno de los pacientes de Freud «todavía hoy gime en sueños para que su madre, que murió cuando él tenía veintidós meses, lo lleve con ella». «Todo está calculado en función *del otro*, pero casi siempre de ese otro prehistórico e ineludible que ninguna persona que venga posteriormente conseguirá igualar», escribe Freud el 6 de diciembre de 1896. El Narrador de *En busca del tiempo perdido* no lo sabe, pero si permanece acostado durante el día es porque espera a su madre, que en la novela es su abuela. El propio Marcel Proust, si abandona raramente la cama cuando su madre todavía vive, y se comunica con ella pasándole notas por debajo de la puerta, se levantará aún menos cuando ella muera, como si esperara indefinidamente una visita que jamás se producirá.

Incluso nosotros mismos, si nos interesamos tanto por una acción prácticamente nula, por las aventuras pasivas de un antihéroe que apenas sale de la cama es porque reconocemos en ellas nuestro temor y nuestra espera, porque esperamos y tememos que, por poderes, aparezcan nuestros queridos fantasmas desaparecidos. Y la noche permite los sueños: «El sueño no se hubiera formado si la resistencia hubiera regido durante la noche como en la vigilia», dice Freud en *La interpretación de los sueños*. La censura disminuye y se elude cuando el espíritu se duerme; como decía Goya, el sueño de la razón produce monstruos. Este es el sufrimiento de Proust tras la

muerte de su madre, tal como escribió a la señora Strauss y a Robert de Montesquiou. La inteligencia ya no puede protegerlo; está indefenso ante los pensamientos, las imágenes más terribles, «las impresiones más atroces». Lo que entonces descubre Proust a su costa es la suspensión de la resistencia racional en el sueño, tal como había intuido en *Jean Santeuil*, «de noche solemos ceder una pequeña parte del pensamiento a lo imposible, a lo prohibido».

A su madre, en efecto, únicamente le contaba sueños aparentemente anodinos, como un acto matinal de caridad al que llegaba con Madeleine Lemaire cogida del brazo (es cierto que para él quizá fuera una pesadilla). Él aparece metamorfoseado en mujer, en una actriz *sociétaire* de la Comédie-Française, Blanche Pierson, de cincuenta y cuatro años. Pero entonces se pregunta por qué ha cometido la aberración de asistir a una fiesta cuando estaba de luto por su abuelo. Este sueño de un cambio de sexo, y la angustia que le provoca (sin duda un desplazamiento del luto, que se reprochaba no respetar, y de la homosexualidad de la que se sentía culpable ante sus padres) volveremos a encontrarlo al final de *Un amor de Swann*. Ahí, Proust se ve como una mujer de cierta edad, capaz, como Madeleine Lemaire, autora de las ilustraciones de *Los placeres y los días*, de atraer a hombres jóvenes.

Proust confía otro sueño a su madre el 8 de septiembre de 1901: sueña que cogía en sus manos la barriga que había echado durante las vacaciones, para mostrársela a su madre como si fuese una pelota. Como si quisiera ri-

valizar con el embarazo, del que seguramente está celoso. En la *Recherche*, escribirá que el único caso de embarazo masculino se encuentra en *La leyenda dorada*, lo cual es pura fantasía. Por mucho que lo busquemos, no está.

En *Los placeres y los días*, «Sueño» evoca de manera aparentemente inocente la pasión del Narrador por cierta Dorothy B., que acaba de ofrecer una rosa perfumada al protagonista. En los ojos de la joven se aprecia el «ligero espasmo» que precede a las lágrimas. El protagonista también derrama unas lágrimas, que Dorothy, «lanzando su lengua de su boca fresca», con «la cabeza echada hacia atrás», recoge en el borde mismo de sus ojos. «Después las sorbía con un ligero rumor de los labios, que yo sentía como un beso desconocido, más íntimamente perturbador que si me hubiera tocado directamente.» Sin duda se trata, aunque hasta ahora haya pasado inadvertido, de la descripción más completa de un acto (homo) sexual que Proust escribió. El desplazamiento garantiza la inocencia. Lo que permite esta interpretación es que se trata de un sueño, y en un sueño todo puede tener carácter sexual.

El sueño de angustia ya se encuentra en *Jean Santeuil*, que por otra parte marca el final del amor de Jean por Françoise. Describe con una precisión que nos parece casi sospechosa las últimas aventuras, dignas de una obra de Sacha Guitry, de la heroína y su alejamiento. El punto crucial, sin duda el más sincero, es la *angustia* que siente el soñador.

A través de todos estos textos, Proust comprende la utilidad que un novelista puede extraer del sueño para seguir la evolución de una pasión, o el proceso de una curación, puesto que, para él, la pasión es una enfermedad. Saca las mismas conclusiones acerca del duelo. El sueño del final de *Un amor de Swann* muestra la agonía de ese amor, como más adelante hará el de la abuela con las etapas del duelo.

En cambio, de las tres categorías de sueños que distingue Freud, principalmente en *Sobre el sueño*: los sueños plenos de sentido y coherentes, en los que nada nos sorprende ni trastorna nuestra imaginación; los sueños coherentes pero inesperados, porque nada en la realidad los justifica, y los sueños confusos, incoherentes, disparatados, son estos últimos los que más interesan al novelista. Lo absurdo es el signo del sueño; quien padece insomnio se tranquiliza ante un razonamiento «que contradice formalmente las leyes de la lógica y la evidencia del presente»: «Se ha dado un gran paso cuando se vuelve la espalda a lo real». Efectivamente, ahí hay material para comentar, para desentrañar un sentido oculto tras la ausencia de un significado aparente. Pero precisamente, y eso es lo más extraordinario, Proust, siempre tan ávido de explicaciones, no ofrece ninguna. Ante los detalles más incoherentes, aquellos que siempre le llaman la atención cuando se trata de comportamientos en estado de vigilia, se escabulle. Lo deja todo a nuestra interpretación.

Por ello, Proust es ante todo el novelista del sueño: «No cabe describir la vida de los hombres sin bañarla en

el sueño en que se sumerge y que, noche tras noche, la rodea como una península cercada por el mar». De los sueños, ya que cada uno se diferencia de los demás según los elementos y las circunstancias que los han provocado, cada uno produce sus propios sueños, sus pesadillas. Cada uno de nosotros es Goya para sí mismo.